

## Otro otro día.

Octubre 21

Este día fue otro día. Ni Juan Mejía, ni Juanes, sólo cualquier otro día. Dos mediodías y una noche.

Amanecí en mi casa como cualquier otro día, con un leve asomo de gripa pero sin sinusitis viral, y, sabía que tenía que leer varios textos, hacer un par de llamadas, ir a la universidad, escribir algo, cuadrar cierto tipo de logísticas y mandar un par de correos. *Trabajar*. Atravesé la ciudad para llegar a la universidad en carro, no en bicicleta —yo no tenía pico y placa— y me asaltaba cierta felicidad, pues había recibido un correo que me contaba que había sido seleccionada para mostrar dos pinturas en la exposición *Premio Uniandino a las Artes* en la sede de Uniandinos la próxima semana. Canturreé en el carro, bajé la ventana, puse varios discos de Bob Dylan a todo volumen y el tráfico no me importó más que los intervalos entre canción y canción. Sabía pues, que una de las llamadas que tenía que hacer este día, era precisamente allá, a Uniandinos, para cuadrar la entrega de las pinturas que se iban a mostrar. Llamé en la mañana y la persona encargada no estaba en ese momento, así que tuve que esperar hasta las seis de la tarde para volver a encontrarla y que me contara sobre “el inconveniente”. Hice caso omiso de semejante palabra y continué con las labores que me deparaba el día.

Entretanto, pude efectivamente leer un poco —el *González # 163* entre otros—, pude subrayar algunas frases y transcribir algunas citas apropiadas para un texto que tengo planeado escribir y que he titulado premeditadamente “(Que) hacer”. Una de esas frases afortunadas con las que me tropecé mientras leía un libro que se llama “*La experiencia de la arquitectura*” de un señor Steen Eiler Rasmussen, hacía un comentario sobre el quehacer de la arquitectura y explicaba en términos generales, cómo el quehacer de los arquitectos está irremediablemente supeditado a la interpretación de terceros. *El arquitecto compone la música que otros tocarán*<sup>2</sup>, dice Rasmussen en el texto introductorio, para explicar que entre los dibujos del arquitecto y la ejecución tangible de la construcción hay una distancia bastante apreciable, además de una cadena innumerable de intermediarios e intérpretes que efectivamente deben atenerse a ciertas reglas, pero que del mismo modo deben saber ser sensatos y saber interpretar esas mismas reglas cuando se vuelven impedimentos o zancadillas para continuar con la labor. Así pues, con una ligereza insospechada, transcribí algunas frases de este texto y continué con la lectura, desconociendo el eco que tendrían unas horas más tarde.

Fueron las tres, las cuatro, las cinco y en Uniandinos me contestaron a las seis para cuadrar la entrega de las pinturas al otro día. De la música ambiental por teléfono, pasé a una primera intermediaria —el segundo eslabón de la cadena, pues creo que el primero era yo, por supuesto—, y, finalmente logré hablar con la persona encargada (el tercer eslabón) que me contó sobre el consabido “inconveniente”. Me dijo que las pinturas que había mandado y que habían sido escogidas por los jurados tenían el ligerísimo “inconveniente” de no cumplir con los términos estipulados en la convocatoria: una dimensión máxima de 2000 cm<sup>3</sup> distribuidos en las tres dimensiones (alto x ancho x profundidad). Saqué la calculadora y comprobé que era cierto: las pinturas excedían el límite estipulado en la convocatoria, porque como cualquier pintura hecha en *óleo sobre lienzo*, tenían una profundidad dada por el espesor del bastidor. Es cierto: yo, fracaso prematuro de las matemáticas, no había tenido en cuenta la tercera dimensión del plano cartesiano. Pensé que 2000 cm<sup>3</sup> eran muchos centímetros, pero no calculé que cuando uno multiplica cualquier número por un tercer factor, el valor crece exponencialmente. Álgebra básica. Así que, según la estricta regla-

*González* es una publicación del Departamento de Arte / *González* solo publicará textos y colaboraciones que tengan como remitente a correos de “uniandes.edu.co” y bajo el crédito de la persona que los envía. En caso de que sean enviados por miembros de la universidad ya graduados o profesores retirados que no tengan este tipo de cuentas de correo se verificará su vinculación / En los textos donde se haga mención explícita a una persona del Departamento de Arte, o a miembros o dependencias de la universidad, se enviará copia de ese correo a los sujetos en cuestión con el fin de ofrecer la posibilidad de una contracrítica en el próximo número de *González* / *González* publica lo que se quiera hacer público, todo lo que quepa en esta hoja de papel. Esta hoja circula por impreso y por correo al comienzo de cada semana del periodo académico.

mentación de esta convocatoria (el cuarto eslabón de la cadena: *los que hacen las reglas que otros ejecutarán*), las pinturas se consideraban objetos volumétricos, y claro, yo no tuve eso en cuenta. El tercer eslabón me aconsejó categóricamente inventarme “un sistema” para que mis pinturas cumplieran con las reglas y nos despedimos con un tajante “*Nos vemos mañana a las tres de la tarde*”. Colgué el teléfono un poco alterada por la magnitud de semejantes reglas y me puse a pensar en la idea aquella de Rasmussen: 1) en cómo las reglas y la interpretación de esas reglas puede ser tan arbitrarias, 2) en la distancia entre los *hacedores* de las reglas y los términos tangibles de la realidad. También pensé en el texto de Juan Mejía y en cómo la discusión sobre el límite *engorroso y absurdo* que separa lo bidimensional de lo tridimensional había terminado desplazándose a un plano en el que yo tenía que *inventarme-un-sistema-para-cumplir-ciertas-reglas*. Entonces yo, acostumbrada y acomodada desde hace un tiempo en las dos dimensiones, iba a tener que vérmelas —en este caso— con un tercer factor.

Más tarde, esa misma tarde, estuve en la inauguración de una exposición de Guillermo Cárdenas con una amiga y para mi sorpresa las pinturas eran bastante *volumétricas*, con puntas saliendo, con dimensiones variables, con recortes exuberantes y detalles difíciles de digerir ¿Eran pinturas? ¿Eran esculturas? En este caso eso no importaba. Comentamos muchos elementos que nos gustaban de las pinturas y otros que nos incomodaban un poco, pero que al mismo tiempo eran necesarios dentro de los límites planteados por cada una de las obras; cada caso planteaba un problema particular, una instancia muy específica. Nos gustaba la variedad. Pensé —y no sin cierta desfachatez— que de haber mandado una de estas pinturas a la convocatoria de Uniandinos, Guillermo Cárdenas habría tenido serios problemas.

Mientras me devolvía a mi casa, nuevamente en el carro pero ya sin cantarrear a todo pulmón, pensaba cuál podría ser el “sistema” para que las pinturas renunciaran a su recientemente adquirida *calidad volumétrica*.

Dormí sin contratiempos.

Octubre 22

Me desperté, me bañé, me vestí, desayuné, revisé el correo y entre la marisma de documentos que revisé durante toda la mañana, releí el *González # 163*. No dejó de sorprenderme la resonancia que las palabras de Juan Mejía tenían en todo el carrusel de circunstancias que me estaba tocando sortear. No pude sino sonreír.

Salí de mi casa a visitar a una amiga que había estado muy enferma la semana pasada, almorzamos y salí corriendo a la cita de las tres de la tarde en Uniandinos. Había un tráfico tremendo y tuve que llamar a decir que iba a llegar un poco tarde; la carrera entre los buses, los taxis y las bicicletas siempre la pierden los carros particulares, o bueno, siempre la pierdo yo. Afortunadamente no hubo problema por mi tardanza y cuando llegué, ya contaba con una posible solución pensada y discutida con otros amigos. Le expuse mi idea a la persona encargada: desmontar una de las pinturas del bastidor, mostrarla despanzurrada, perforada, manchada, con los huecos de las grapas a la vista, colgada con puntillas directamente sobre la pared para que el grosor de la tela fuera el tercer factor y así la multiplicación no excediera los 2000cm<sup>3</sup>. No había otra solución. O sí, la otra solución era no exponer. Pero de cualquier forma, ya había renunciado a exponer una de las pinturas (estaba enmarcada), así que iba a exponer la que podía *bajar* del bastidor *sin hacer tanto daño*. La solución para poder cumplir con la especificidades de la convocatoria era adaptar la obra<sup>3</sup>. Alguien tuvo que ceder y afortunadamente se llegó a un acuerdo.

Mientras hablaba del tema frente a frente con la persona encargada, sonaban timbres, llegaban personas, se firmaban documentos y recibían llamadas indiscriminadamente, yo pensaba: si bien los jurados habían decidido no enfrascarse en la eterna discusión *bidimensional vis. tridimensional*, los organizadores —los intérpretes de las reglas del juego— si tuvieron que hacerlo porque *las reglas son las reglas*. Y así, a fin de cuentas, fueron los artistas los que finalmente tuvieron

que sentarse en un oficina y enfrentarse directamente con el problema, con las reglas, con los intérpretes y con el crisol innumerable de interpretaciones que puede tener un mismo texto.

En este día yo tampoco hice propiamente nada, y en cambio si tuve que enfrentarme a las dificultades no del arte propiamente, sino a las del mundo del arte<sup>4</sup>: información, interpretación, texto, afán, sudor, estímulos visuales, incitaciones psicológicas, dominio y eufemismos no del todo conmovedores.

—Juana Anzellini

#### NOTAS

1. Se recomienda leer o releer "Documento recuperado" escrito por Juan Mejía publicado en el González #163

2. RASMUSSEN, Steen Eiler, *La experiencia de la arquitectura*. Editorial Reverté, Barcelona, 2007, página 19. Además: "(...) para poder entender plenamente la arquitectura, hay que recordar que quienes la ejecutan no son músicos sensibles que al interpretar la partitura de otro lo hacen con un frase especial, acentuando una u otra parte de la obra. Por el contrario, son una multitud de gente corriente que -como hormigas afanándose por construir su hormiguero- contribuyen de manera bastante impersonal, aportando sus habilidades al conjunto, con frecuencia sin entender lo que está ayudando a crear".

3. Supe que mi caso no era el único con este tipo de "inconveniente".

4. Desde hace un tiempo me he venido dando cuenta que el arte está del marco hacia adentro y que el mundo del arte está del marco hacia fuera. Ahí hay una gran diferencia.

enviado a hojagonzalez@gmail.com por Estefanía Suárez

### Mi juego favorito

Salto, me despierto, el juego se pasma unos segundos, mi pensamiento racional que por algún motivo tiene forma de manzana me dice: a la casa. Pero exhalo, exhala, inhala fuerte me envuelve, me encierra en su cárcel cálida y suave, exhala, inhala, inhala, exhala... el juego a seguido... exhalo, inhala, inhala, exhala, inhala, inhala, es frío, sostengo, nariz, congestión, exhalo por la boca, inhala igual, boca seca, inhala, exhalo fuerte, exhala, el órgano bombástico por excelencia da pequeños saltos seguidos, brinca acompañado por la exhalación, se detiene con la inhalación y vuelve a vivir con la exhalación; el que está a mis espaldas también lo hace, suena durísimo, no sé si lo siento como yo, pero para mí es inevitable jugar con los ritmos, no escucho ni pienso en el mundo ni en la manzana que me dice lo correcto, soy el juego, siento el juego, inhala el juego, exhala el estomago... podría jugar así para siempre...

Pero la manzana se vuelve una alarma de celular, saltamos, escuchamos el mundo y se suspende el juego.

Solo pienso en volver a jugar...

—Estefanía Suárez Cortés

enviado a hojagonzalez@gmail.com por Nicolás Daniel Vizcaino

Hay veces no quiero ser frentero, no me apetece figurar, no quiero hacer valer mi personalidad jurídica, ni dar cuenta de mis actos. Quiero ser anónimo. No se me viene en gana pararme en la raya y me aturde ser valiente, no se, me da jartera ser el putas, reconocido, reconocible. Y es que hay veces me tiento lanzar la piedra y esconder la mano, para que la culpa los asalte a todos, hacerlos partícipes de lo que ni les incumbe, hacerlos pagar los platos rotos. Que el anonimato por un momento nos haga mirarnos unos a otros y que reconozcamos nuestra responsabilidad, que si bien no es la misma, nos toca repartirla entre todos, porque el problema no es que nos hagamos los de las gafas con los problemas de los demás sino con los propios, que creamos que siempre estamos antes de la línea que separa los "buenos" de los "malos".

Hay veces me gusta pensar en el anonimato como una finísima y cuasi-traslúcida manta que nos puede arropar a todos sin hacernos perder la silueta bajo ella, como el último bastión de la sensibilidad humana (la disidencia de la solidaridad cínica). Porque una voz anónima recoge todas las pieles en una, y precisamente por eso causa tanto revuelo, porque sonroja y emputa, indigna y salpica.

—Nicolás Daniel Vizcaino

enviado a hojagonzalez@gmail.com por Francisco Javier Viveros

### LadRAR, Rugir, Llorar

Los perritos anti-explosivos de la universidad viven en una celda inmisericorde de 2 por 2 metros. Un día, mirando los ojos de un pastor alemán que asomaba la mirada inocente del encierro, dentro de esa jaula infame, desconcertado y cansado, fue cuando supe que no solo nos separaba la reja, sino el silencio invisible, que acalla un llanto perruno. Y me fui, dejándolo ahí. Dejándolo ahí todo. ¡Clemencia!.

Los perritos deben correr y ladRAR, no perseguir bombas ni drogas, ni estudiantes; que "la seguridad", que "el bienestar", que "la armonía". Nada de eso sapos, que se compren esclavos, o le digan a un ilustre estudiante hijo de un ilustre presidente, que él si sabe oler. Pero a los perritos, me los dejan quietos. Hoy cuando los miro, sé que nunca seré el mismo.

—Vigo

enviado a hojagonzalez@gmail.com por Diana Rodríguez

tengo ganas de decir que no me da miedo sentir que me atraes y no lo puedo reprimir. Quiero mirarte, tocarte y gritarte aquellas cosas que ocultan mis ansias, mi cuerpo. Moverme lento dentro de ti, multiplicarme, amplificarme en cada una de las sensaciones de mis ritmos, ver tu rostro y sonreír... Tengo tu picardía y tu mi tranquilidad.

—Dijane

enviado a hojagonzalez@gmail.com por Alejandro Díaz



Es mi intención mostrar mi desacuerdo con respecto a la apología previamente publicada acerca de la prohibición del anonimato en este medio electrónico. ¿Entonces qué pasa si mi manera de expresarme es anónima? ¿Acaso no tengo esa libertad? Pero como a todo se le encuentra deslíz, decidí mandar este correo desde una de esas sesiones abiertas que los descuidados dejan en las salas informáticas y de esta manera evitar de manera parcial, la parcialidad universitaria.

—Alejandro Díaz

enviado a hojagonzalez@gmail.com por Rafael Andrés Díaz

### Procastinador

La próxima semana seguro si escribo algo para González

### ESTA SEMANA

[Esta semana no hubo espacio para decir que hay esta semana. Busque en su correo.

Además, en medio de tanta clase ¿quién tiene tiempo para ir a estas cosas que pasan esta semana?]